

SAN BENITO Y EL DESARROLLO Y LA INTEGRACIÓN DE LA PERSONALIDAD⁴³

A partir de una experiencia de Comunidad en las Comunidades Universitarias de Base (CUBs), en San Pablo, y un contacto con los monjes benedictinos, especialmente de los monasterios de Ntra. Señora de la Paz. (Itapecerica da Serra) y de San Benito (San Pablo), los autores⁴⁴ tratan de comprender la vida monástica bajo el punto de vista de la Psicología, en un intento de presentar la vida de fe como un real desarrollo para el hombre. Desean con ello promover un diálogo entre la Iglesia y la Universidad.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo quiere presentar, en primer término, algunos puntos que nos parecen fundamentales, de la situación del hombre. A continuación se presentan algunas consideraciones sobre las formas de enfrentar los problemas expuestos.

Se procura analizar algunas características de la vida monástica benedictina, indicando cómo esas características tienen en cuenta los problemas del hombre, de tal manera que ella deviene una posibilidad real de desarrollo e integración de la personalidad del hombre, que se estructuraría a través de su búsqueda de libertad.

I - PROBLEMAS DEL HOMBRE

Muchos son los problemas que el hombre enfrenta o enfrentó, a lo largo del tiempo. En todas las épocas de su historia, el hombre se encontró delante de problemas de difícil solución, algunos propios de su naturaleza, y otros del momento histórico que atravesaba.

Lo que vamos a tratar aquí, tal vez no agote toda la problemática de la vida humana, pero, a nuestro modo de ver, es una parte muy importante de esa problemática. Discutiremos, bajo el título de PROBLEMAS DEL HOMBRE, tres de sus problemas más serios: La fragmentación, la búsqueda de libertad y la soledad.

A. - FRAGMENTACIÓN

Todo hombre está inserto dentro de un contexto de relaciones y, como Laing (1976) nos muestra, su modo de ser, su identidad se definen en estas relaciones.

En nuestra sociedad, marcada por la complejidad, el hombre participa de diversas actividades en distintos sectores, los cuales están muchas veces basados en valores, concepciones del hombre y de la realidad, diferentes. El hombre está sujeto a múltiples determinaciones.

Así, los diversos sectores de la vida de un hombre: la familia, el trabajo, la rueda de amigos,

⁴³ Tradujo: M. Mectildis Santángelo, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires – Argentina.

⁴⁴ Estudiantes de 4° año de Psicología de la USP (Universidad de San Pablo). Evaluación final de la disciplina de la Psicología de las Relaciones Humanas.

la escuela, etc., tendrán con el individuo una forma peculiar de relación, a nivel de papeles, según su posición dentro de cada uno de estos sectores. Por ej. en la familia el padre es un individuo que tiene que desempeñar un papel, según el cual, se espera de él y se lo valoriza. Ya en la escuela, donde este mismo individuo es un alumno, desempeña un papel diferente, también según el cual se espera de él y se lo valora, pero que, generalmente, está totalmente desvinculado de aquél otro, como si al ser alumno dejara de ser padre y viceversa. Esa disociación no es sólo una imposición externa sino que es legitimada por el individuo que también la asume, trabajando con la familia y con la escuela como entidades separadas.

Ello ocurre, o sea, el individuo asume esta disociación porque la separación externa de los sectores de la vida cuyos relacionamientos lo definen, dificultan su percepción como una persona única, que puede tener una personalidad integrada.

La cuestión no está en la múltiple determinación, pura y simple, sino que está en no tener la posibilidad de percibir la ligazón entre esas determinaciones en un todo integrado. El problema está en que, muchas veces, el hombre no se percibe como una persona única sujeta a varias experiencias.

Esta, situación de fragmentación que el hombre actual está viviendo es un aspecto del que Laing (1973) define como estado “esquizoide” cuando la persona “... no se siente una persona completa, sino 'dividida' de diversas maneras...”³.

Es dentro de eso que la búsqueda de un sentido para la vida, de algo que haga una ligazón entre los varios aspectos de su vida, es una característica muy marcada del hombre de hoy. La búsqueda del sentido de la vida es, según Frankl, “expresión, precisamente de lo que de más humano hay en el hombre”¹.

B. - BÚSQUEDA DE LIBERTAD

Otro aspecto muy marcado de la vida del hombre es su búsqueda de libertad. Antes de hablar de esta búsqueda de libertad queremos definirla. Utilizaremos la definición presentada por May (1973), según la cual “libertad y voluntad no consisten en la negación del determinismo y sí en nuestro relacionamiento con él. 'Libertad', escribió Espinosa, es el reconocimiento de la necesidad. El hombre se distingue por la capacidad de saber que es determinado, y escoger su relacionamiento con lo que determina”⁶.

Consideramos, entonces, que la libertad es buscada por el hombre en aquello que él tiene de más íntimo, de plenamente humano.

Dentro de eso, un problema serio que el hombre encuentra en esta búsqueda, son los espectros de libertad, que le son presentados por las diferentes ideologías, como algo ya conquistado y externo a él.

Asumir uno de esos espectros de libertad implica en el hombre desviarse de un camino de búsqueda en que él se proponía ser plenamente humano y que resultaría en la libertad. “La libertad, si bien precisa de ciertas ‘libertades’, como la económica, la política y la cultural, no se da necesariamente como conclusión de éstas”¹⁴ sino por la inserción del hombre en este camino de búsqueda de sí mismo, de su esencia.

Se encuentra otra dificultad en la búsqueda de la libertad, y es, paradójicamente, el miedo a la libertad. Al mismo tiempo que la búsqueda de una plenitud humana está directamente ligada a la búsqueda de la libertad, ese camino puede tornarse difícil, dado que implica un deshacerse de los prototipos, de los esquemas externos de vida. En esa búsqueda de libertad, el hombre que camina en dirección a lo íntimo, deberá elegir entre adoptar los modelos ya conocidos

que le son dados, a los que conoce bien y que le dan la seguridad, o asumir algo que puede ser nuevo, es decir, desconocido, y por tanto, generador de inseguridad y de miedo.

C.- SOLEDAD

La soledad es otro factor que sella la experiencia humana. El hombre ha tentado negar o evitar la soledad de muchas maneras, sobre todo los “que no poseen la concepción de los valores positivos del aislamiento...”⁷. Para muchos la soledad ha sido un sufrimiento muy grande, al punto de asustarse con la idea de quedarse solo, por algún tiempo, temiendo sentirse perdido, despojado de sus límites, intentando huir a esta situación en un ansia de estar con otras personas o de comprometerse con tareas (aun cuando eso no resulte una relación realmente positiva, que implique un contacto personal).

A pesar de que el hombre está siempre inserido en un contexto de relaciones interpersonales, de cierta manera dependiente de este contexto, su experiencia, como hombre, de esas relaciones es muy particularmente suya. “La sensación de soledad nace en el fondo de cualquier empeño serio con nuestro propio ser humano. Puede comprender eso, quien cree haber encontrado la solución de un gran problema en alguna cosa o en alguien: y todo ello desaparece, se disuelve, o se revela incapaz. Estamos solos con nuestras necesidades de ser y de vivir intensamente”².

Enfrentar y vivir la soledad es vivir la propia condición humana y una posibilidad de entrar en contacto consigo mismo. Para que el hombre viva toda la amplitud del hecho de ser humano, debe asumir también la dimensión de soledad.

II - EN QUE CONSISTE EL PROCESO DE REALIZACIÓN HUMANA

Frente a estas situaciones del hombre, vamos a practicar entender qué sería la madurez y cómo se daría el proceso de realización humana.

Consideramos que la madurez del hombre exigiría una superación de la situación de fragmentación que él ha vivido. Conforme va vamos. Esta madurez está ligada a la atribución de un significado único a la vida que posibilita la comprensión de todas las actividades y acciones de una forma integrada, de modo que también él, hombre, pueda percibirse como poseyendo una identidad clara e integrada.

Esta noción de madurez está ligada a la posesión de una identidad definida, integrada e integradora. ¿Cómo puede ser alcanzada esa madurez? ¿Cuál es el proceso de ese desarrollo?

Tal vez, la posibilidad que el hombre tiene de pasar de una situación de inseguridad, de necesidad de estar ligado a las cosas, que él conoce y controla, a una situación de libertad, dentro de su personalidad integrada, tomando en serio su búsqueda de libertad, su búsqueda de significado para la vida.

Ese proceso de desarrollo es posible en la medida en que cada uno enfrenta con seriedad su búsqueda de libertad y su significado más íntimo. En la medida en que el hombre lucha con lo real, teniendo en cuenta sus necesidades, surge la posibilidad de asumir concretamente un camino, que es definido en función de las cosas que para él son más importantes. Ello posibilita que el individuo encare la realidad, en sus diversas fracciones, en función de un mismo eje.

Caminando a ese nivel, el individuo podrá trabajar con la realidad de una forma más integrada, estando, al mismo tiempo, más integrado.

“Debemos abrirnos a nosotros mismos, es decir, concientizarnos vivamente de nuestras experiencias, mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Debemos tener en cuenta lo que somos verdaderamente. Tener en cuenta, quiere decir, tomar en serio lo que experimentamos, todo lo que vivimos, percibir todos los aspectos de esa experiencia y buscarle todo el sentido”. El desarrollo no se da con el individuo considerando sólo algunos aspectos fragmentarios de su vida, sino considerando con seriedad una dimensión más amplia de ella.

“Debemos tener mucho cuidado, porque fácilmente dejamos de tomar como punto de partida nuestra verdadera experiencia, la experiencia de su integridad y genuinidad (legitimidad).

En efecto, muchas veces identificamos la experiencia con impresiones parciales, reduciéndola así, a una mutilación...

Y más frecuentemente todavía, confundimos la experiencia con preconceptos o esquemas asimilados, aunque inconscientemente, en el propio medio”².

Examinar toda la experiencia implica examinar el contenido de relaciones en que se está inserido. Organizar la vida en función de esa búsqueda no puede ser un gesto independiente de este contexto; significa, más bien, una postura personal frente a los determinantes presentes. La conquista de la libertad comienza allí, lo que exige, por tanto, también una adhesión al contexto.

Considerando que cada paso de libertad se hace por el adherirse concretamente a la realidad, según la búsqueda del valor, se hace necesario que la adhesión sea verificada si conduce o no a una mayor libertad, lo que implica directamente una forma específica de adhesión.

Los caminos de respuesta que han sido buscados pueden ser ideológicos, doctrinarios, hechos históricos, etc. Todos ellos son hipótesis a las cuales se debe adherir, con los requisitos exigidos por la propia hipótesis, para poder testimoniarlas. Se define una hipótesis para ser testimoniada según lo que se percibe que ella pueda llegar a responder. Elegimos una hipótesis y consideramos que ella debe ser testimoniada cuando percibimos que ella puede llegar a responder a nuestras necesidades.

Reconocer la necesidad y búsqueda más íntimas, reconocer la dependencia a una realidad concreta para la búsqueda de una respuesta es la única posibilidad de concretar la búsqueda de libertad y concretar el proceso de Realización humana, de su maduración, y poder pasar de una situación de miedo a una situación de libertad.

III - SAN BENITO, EL DESARROLLO Y LA INTEGRACIÓN DE LA PERSONALIDAD

Considerando los aspectos abordados de la situación del hombre, pasamos a analizar de qué modo la propuesta de san Benito y la vida benedictina pueden llegar a ser un camino real para este hombre, dentro de su búsqueda.

Primeramente analizaremos el significado de la adhesión a la vida benedictina, analizando después cómo se estructura esta vida para acoger la totalidad del hombre, permitiendo la ocurrencia del proceso de maduración, realización humana.

A. - ADHESIÓN A LA VIDA MONÁSTICA

El hombre, en el monasterio, se busca a sí mismo, dentro de su sed de verdadera vida

personal. Históricamente esa búsqueda tiene diferentes motivos, aunque siempre exista el deseo último de encontrar o reencontrarse a sí mismo. “Habitar consigo”, como dice san Gregorio Magno, sobre san Benito. San Benito, en el siglo VI “fue motivado por la decadencia de la sociedad, por la depresión moral y cultural de un mundo, que no ofrecía ya al espíritu posibilidad de conciencia, de desarrollo y convivencia...”¹². El hombre que hoy busca esa vida está motivado no ya por la “carencia de la convivencia social, sino por su exuberancia. La excitación, el ruido excesivo, la febrilidad, la exterioridad, la multitud amenazan la interioridad del hombre; le falta el silencio con su genuina palabra interior, el orden, la oración, la paz, le falta ser él mismo”¹².

El hombre busca una posibilidad de llegar a ser enteramente humano, de alcanzar aquello que le es más natural, su propia esencia.

En esta búsqueda de la esencia, consideramos tres aspectos básicos de la motivación para la adhesión del hombre a la proposición de san Benito; son: los caracteres positivo, realista y suficiente.

La motivación es positiva en el sentido de que se trata de una búsqueda. Implica una actitud de ir en dirección a la respuesta a sus preguntas. No se trata sin duda, de una adhesión pasiva, no es un simple adecuarse, sino una lucha por aquello que se desea.

San Benito nos muestra en el Prólogo de su Regla que la vocación del monje es empeñarse en una lucha, en una postura activa frente a un camino que se presenta:

*“Levantémonos entonces: finalmente, la Escritura nos despierta diciendo: Ya es hora de despertar. Y, abiertos nuestros ojos a la luz défica, escuchemos atónitos lo que a diario nos amonesta la luz divina que clama: “Si oyéreis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones”. Y también: “El que tiene oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Y ¿qué dice?. Venid, hijos, escuchadme; os enseñaré el temor del Señor. Corred mientras tenéis la luz de la vida para que no os envuelvan las tinieblas de la muerte”*¹⁶.

Más adelante acrecienta: Si *queremos* habitar en la morada de su Reino, no llegaremos a ella si no es *corriendo* con las buenas obras, de otra manera nunca llegaremos”¹⁶. Y, también: “... espera el Señor todos los días que nos empeñemos en responder con *actos* a sus exhortaciones...”¹⁶. Conviene notar cómo san Benito usa palabras bastante significativas como ‘levantémonos’, ‘nos despierta’, ‘corred’, ‘queremos’, ‘empeñemos’, etc. que tan claramente expresan la actitud de búsqueda, de ir al encuentro, de que hablábamos.

Otro aspecto de la motivación es su carácter realista, en el sentido de que es una motivación para la adhesión personal a un contexto definido, intuitivo como posibilidad de respuesta a su búsqueda de realización humana (en el sentido más amplio).

Percibiendo que la vida monástica es una hipótesis que puede responder a sus búsquedas más íntimas, el monje se motiva para adherirse a este contexto definido.

La Regla de san Benito, en el capítulo 58, pide que se dé a quien desea ingresar en la vida monástica un período largo de verificación de la hipótesis de que aquel contexto es realmente la respuesta para su vida. En este período debe conocer la Regla a la que estará sujeto, así como también deberá participar de la vida del monasterio, para saber si realmente podrá vivir en esas condiciones.

Habiendo, entonces, participado de la vida de comunidad puede escoger si permanece o sale. “... He aquí la ley bajo la cual quieres militar: si puedes observarla, entra, si no puedes, retírate libremente”¹⁶.

La opción por la vida monástica debe ser hecha tanto por un análisis del contexto al que se va a adherir, como por un análisis bastante personal de sus búsquedas, de sus posibilidades, limitaciones, etc. “Y si después de haberlo deliberado consigo, prometiére cumplirlo todo y observar cuanto se le mande, sea entonces admitido en la comunidad...”¹⁶.

Se nota aquí que la verificación de esta hipótesis es el considerar profundamente toda la dimensión de la propia vida: examinar la búsqueda de la verdad más íntima, que es para el cristiano la búsqueda de Dios, y también la consideración del contexto y la relación del hombre con este contexto.

Poder adherirse a este contexto, que es la respuesta a nuestra propia vida y a la verdadera concreción de la libertad, en la medida en que el hombre lucha con el contexto de la realidad, definiendo y asumiendo las determinantes de su ser.

Para el monje para quien el relacionamiento con la comunidad es, concretamente, el relacionamiento con Dios (que, para el cristiano, es la esencia de la identidad), adherirse a la comunidad significa asumir que su vida sea definida por su relación con Dios. Esto es definir y asumir los determinantes de su vida. Al mismo tiempo que lo que lo define es la comunidad, no se abandona la esencia del ser, más bien, es la propia búsqueda de la esencia.

Habiendo asumido su esencia, concretamente, dentro de un contexto, está abierto un camino para alcanzar la “coordinación armónica de las potencias del hombre en el esfuerzo para la realización de sus potencias espirituales más profundas”⁹. Camino éste, que el monje, auxiliado por la comunidad, va a trillar durante toda su vida.

Cuando el hombre asume un valor que define su vida más que otros valores, éste pasa a ser el eje central de su existencia, el meollo de su identidad, organizando y aconteciendo todo en torno a él. De esta forma puede ser superada su fragmentación interna e, integrado el hombre puede percibir una ligazón entre los hechos que lo rodean y de los que participa, superando la fragmentación que habíamos llamado externa.

Otro aspecto de la motivación, es su característica de suficiencia. Debe ser *suficiente para* enfrentar las dificultades que la adhesión al contexto de realidad (que la hipótesis que debe verificarse exige) suscita.

A aquel que viene al monasterio, san Benito pide que le sean presentadas dificultades para su ingreso en la comunidad, a fin de verificar “si busca verdaderamente a Dios, si es solícito para el Oficio Divino, la obediencia y los oprobios” (RB cap. 58).

San Benito considera necesario que el que ingresa al monasterio conozca “previamente”, “todas las cosas duras y ásperas por las cuales se va a Dios” (idem), y que su motivación sea suficiente para asumirlas y enfrentarlas.

Aunque reconozca que el camino que lleva a Dios es “áspero”, “duro”, “difícil”, San Benito deja claro que la función del monasterio no es presentar una vida difícil, de sufrimientos, sino un camino que debe conducir a la “patria celestial” (cap. 73). “... No esperamos ordenar nada duro, nada penoso. Más, si dictándolo alguna razón de equidad, debiera disponerse algo un tanto más severamente para enmienda de los vicios y conservación de la caridad, no rehúyas en seguida, sobrecogido de temor, el camino de la salvación, que no puede iniciarse sino por un camino estrecho. Pero, por el progreso en la vida monástica y en la fe, dilatado el corazón, córrese con inenarrable dulzura de caridad, por el camino de los mandamientos de Dios” (RB Pról.).

Si el monje ingresa en la vida monástica considerando seriamente la búsqueda de su esencia,

de su identidad más profunda, y si percibe, verdaderamente, que el contexto monástico es una posibilidad de concreción de su búsqueda, la vida monástica posibilitará el proceso de maduración, de realización, el paso del miedo a la Libertad. El mismo san Benito reconoce que la vida monástica, como él la concibió, es una posibilidad real de desarrollar ese proceso. En el capítulo VII de su Regla, que trata de los grados de humildad, señala un proceso del paso de la situación de miedo a una situación de amor de Dios, cuando en la vida de comunidad se da más “naturalmente”, lo que sería una condición de mayor Libertad (según la definición de libertad presentada anteriormente).

Así escribe san Benito al final del capítulo VII:

“Subidos, finalmente, todos estos grados de humildad, llegará el monje en seguida a aquella caridad de Dios que, siendo perfecta, excluye todo temor; por ella todo cuanto antes observaba no sin recelo empezará a guardarlo sin trabajo alguno, como naturalmente y por costumbre; no ya por temor del infierno, sino por amor de Cristo y cierta costumbre santa y por la delectación de las virtudes. Lo cual se dignará el Señor manifestar por el Espíritu Santo en su obrero purificado ya de vicios y pecados”¹⁶.

B. - VIDA MONÁSTICA - “ESCUELA DEL SERVICIO DEL SEÑOR”

La vida monástica está estructurada en función de la búsqueda más profunda del hombre, la búsqueda, para el cristiano, del mismo Dios.

San Benito la encara bajo un punto de vista formativo, afirmando que: “debemos, pues, establecer una escuela del servicio del Señor” (RB - Prólogo).

Vamos a examinar, dentro de la vida monástica, cómo algunas de sus características están estructuradas con vistas a ese fin. Trataremos, entonces, de la vida en comunidad; de la obediencia; de la estructuración del tiempo oración-trabajo; aislamiento y soledad. Seguidamente escribiremos sobre la atención para con cada persona, que marca la vida de comunidad benedictina.

1. Vida en comunidad

En la vida benedictina es fundamental el hecho de que el punto central está en la comunión de grupo (comunidad). Este modo de relacionamiento contiene un valor a nivel sociológico (sistemas de relaciones personales) y a nivel simbólico (la comunidad es la presencia de Dios, a quien son dirigidos los servicios y la vida).

San Agustín (*apud* Oury), al respecto de los monjes, nos dice: “... qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos. Esa palabra del salmo, este canto lleno de suavidad, esta melodía encantadora en el canto y en el sentido, generó los monasterios. Es el canto que estimuló a los hermanos a permanecer juntos; este versículo fue para ellos una trompeta sonante; resonó en el universo entero, y, aquellos que estaban separados, se reunieron”.

“La vida en común constituye el dato primordial de la vida monástica benedictina. La comunidad permite más fácilmente el ejercicio de virtudes tan indispensables como la caridad y la obediencia mutua”¹⁰.

En el monasterio todo es común, inclusive las decisiones, los problemas a enfrentar, la forma de realizar los oficios, en fin, todos los aspectos de su vida.

Cuando asumimos profundamente nuestra experiencia personal, estamos obligados a

reconocer que nuestra identidad se define en una relación con el otro; en ese sentido se da, como un hecho, una dependencia existencial de un hombre en relación al otro.

La vida en comunidad, vivida con gran significado, proporciona al monje mayor claridad respecto de su propia identidad. Nos afirma un monje que, en una vida incesante en comunidad como la que viven, es imposible mantener, para los otros y para sí mismo, una imagen diferente de aquello que se es, diferente de la real identidad, ya que las dificultades y los conflictos del día tras día marcan las relaciones entre ellos, sin la posibilidad de las fugas que comúnmente utilizamos frente a situaciones en que nos vemos cuestionados o deparamos en alguna incapacidad, como el abandono de la situación, desconsideración. al otro, etc.

“La sociedad monástica es para cada monje una ayuda poderosa en su búsqueda de Dios. No se viene al monasterio sólo por la, alegría de encontrar compañeros agradables. Se viene para ser formado; la propia comunidad contribuye para educar a cada uno de sus miembros”¹¹.

Para san Agustín (*apud* Oury) la vida en común es la mejor manera de realizar el mandamiento del amor al prójimo. San Benito quedó impresionado por este ideal, pero en él la visión es más compleja. Ve en la vida comunitaria el medio de realizar más perfectamente otro aspecto del mandamiento del amor: la obediencia”¹¹.

2. La obediencia

Como para el monje la comunidad es la presencia concreta de Dios, la obediencia a ella y al abad es la obediencia a Dios.

“En el comienzo de la vida monástica, la obediencia tiene un valor educativo: el novicio ignora el arte de llegar a Dios y se pone bajo la dirección de un anciano más experimentado que él...”, su superior. “La obediencia en el seno de la comunidad tiene otra función: la de asegurar el bien del grupo” ... “La obediencia de los monjes contribuye, en tercer lugar para asegurar la conformidad de su obrar moral con las intenciones de Dios...”¹¹.

Hay un trecho en la Regla de san Benito en que queda claro que la obediencia tiene también un carácter mutuo: “La virtud de la obediencia no sólo debe tributarse por todos al abad, sino que también deben los monjes obedecerse mutuamente, en la seguridad de que por este camino de la obediencia irán a Dios” (RB cap. 71).

La obediencia, para san Benito, va más allá de los objetivos inmediatos de seguir a alguien más experimentado y de garantizar el bien común: “Su finalidad es asegurar la libertad total en el amor” ... “Por la obediencia en la vida de comunidad, el monje se desprende resueltamente de todo bien contingente, en una perspectiva bastante clara de su contingencia. Es un medio de perfección y de liberación para un amor sin obstáculos. Lejos de ser una abdicación de la voluntad es la afirmación de ésta, ya que se independiza de todas las coerciones por el ser inferior; ella establece al monje en la región de la libertad”¹¹.

3. Estructuración del tiempo - Oración y Trabajo

Uno de los problemas relacionados con la fragmentación personal y la fragmentación estructural sobre la cual la sociedad está organizada, es la fuerte división entre tiempo de trabajo y tiempo libre para sí mismo. Este problema ha llevado a algunos estudiosos a proponer formas alternadas de estructuración de la sociedad, de modo que el trabajo pueda llegar a ser remunerado para los que lo realizan, y que deje de ser un trabajo alienado, en el sentido de no gratificado y sin participación en sus frutos.

La cuestión de la distribución del tiempo de trabajo y tiempo de no-trabajo, es objeto de preocupación de muchos estudiosos, en el sentido de que el tiempo de no-trabajo ha sido reducido a un tiempo de recuperación de energía para el ejercicio del trabajo. De esta manera, todo el tiempo estaría organizado en función del trabajo (alienado) sin la posibilidad de real gratificación personal, de un tiempo dedicado a cosas más significativas de la propia vida (cf. Marcuse). Esa situación dificulta la búsqueda del valor, de la Libertad.

Han pasado quince siglos desde que san Benito propuso una nueva forma de vida monástica, y la propuso con un cuidado muy marcado respecto del equilibrio de las actividades fundamentales del monje (como se ve claramente en el cap. 48 de la Regla), al punto de que la divisa de los benedictinos se tornó “ora et labora”.

Por el hecho de que el resultado del trabajo es usufructuado por todos los hermanos, y que el monje trabaja en una estructura de la cual participa integralmente, ya no es alienado. De manera general, el trabajador no usufructúa su trabajo ni percibe el papel que él tiene dentro del sistema en que está inserido. Por el contrario, los monjes, en la comunidad, trabajan con una conciencia profunda de su lugar en el sistema, de manera que los frutos de este trabajo son usufructuados directamente por todos.

Puesto que la relación del hombre con el trabajo en el monasterio se vive con un carácter de servicio a la comunidad, la estructura del trabajo monástico no está desvinculada de la búsqueda personal del monje; por el contrario, el trabajo, en cuanto servicio y obediencia a la comunidad, es un instrumento en el camino hacia la Libertad, a la que el monje se empeña por toda su vida.

En ese sentido, oración y trabajo no están distanciados. La vida monástica no trae la disociación entre tiempo de trabajo y tiempo de atención para sí mismo; el trabajo se torna oración.

Las oraciones comunitarias están distribuidas en varios momentos, a lo largo del día, de tal forma que toda la comunidad está llamada a reconocer la presencia de Dios, y así, todo el día queda marcado por esa conciencia.

El monje es el hombre que dedica toda su vida a la búsqueda de Dios, “un monje es un hombre de Dios”⁸, por eso, es vital para él, dedicarse a la oración.

La tradición monástica ofrece una pedagogía de oración, que favorece al monje la toma de conciencia de la presencia y de la acción de Dios en su vida y en el mundo. Este método es la “lectio divina” que consiste en la lectura y meditación de la Palabra de Dios que lleva a la oración, y, de ésta a la contemplación.

Agustín Roberts presenta, de una manera simple, la experiencia de contemplación como “una experiencia generalmente breve, pero intensa, de la acción íntima de Dios que unifica todo el ser, espíritu, pensamiento y emociones en un centro del corazón que permanece desconocido, y sin embargo, experimentado”¹³.

Podemos notar que, no sólo de una manera teórica, para el monje es Dios quien da el significado a todas las cosas, quien posibilita la percepción de unidad entre las cosas y en uno mismo. En ese sentido, concretamente, llegar a la contemplación significa llegar a la madurez, en el sentido de una personalidad unificada, de una identidad integrada. Es la superación de la fragmentación.

Para Merton (1966), es una señal de vida cristiana perfectamente madura. “Hace que el hombre no sea ya esclavo o siervo... es una sabiduría que hace del hombre un amigo de Dios”. Podemos ver ahí el paso del miedo al Amor, del miedo a la Libertad: el proceso de realización

del hombre.

La estructuración del tiempo en trabajo y oración con el significado con que se vive el trabajo y con el significado de la oración, deja claro el carácter de escuela y de lugar de formación y de real crecimiento, de la vida monástica benedictina.

4. Aislamiento

Para los monjes, el hecho de separarse del mundo, les da la tónica mucho mayor en la búsqueda, en el asumir que en el dejar. Un monje benedictino nos dice: “La vida contemplativa no se confunde con alienación y con pasividad: es la toma de conciencia del en-sí del mundo y de sí mismo, toma de conciencia que significa e implica una praxis concreta; porque es la búsqueda de Dios, que es la liberación de toda alienación”.

El aislamiento hace parte de una opción radical por el significado. Al verificarse la hipótesis de que la vida monástica es un camino de realización, de libertad, que es un camino real para su búsqueda, el monje opta por vivir en función de aquello que da un significado a su vida y sólo en función de eso. Por eso, deja de tener una gran participación en la sociedad más amplia, para vivir en función de lo que cree ser el significado de todo.

Esa característica de la estructura benedictina es una forma de estructurar la vida de los monjes en el sentido de posibilitarles el proceso de maduración y superación de la fragmentación.

5. Soledad

Al mismo tiempo que el monje vive en comunidad, en búsqueda de la Libertad, en búsqueda del Amor, es una experiencia marcadamente personal, frente a la cual cada uno se encuentra solo, como vimos al comienzo.

Sin embargo, es dentro de esa soledad que se puede vivir profundamente esa búsqueda y hacer así una adhesión radical a un contexto que la concrete. Sin asumir el hecho de la soledad, el hombre no se estaría comprometiendo en un contexto de realidad con toda la dimensión de su vida,

Al mismo tiempo que se adhiere a un contexto de comunidad, el monje, al empeñarse con su propio ser humano, no deja de asumir su experiencia de soledad, sino que la vive profundamente como posibilidad de búsqueda de su esencia.

En este sentimiento de soledad, no se trata de una cuestión egoísta, pues es un “compromiso con lo que hay de más profundo en nosotros, y por tanto, con lo que hay de común en todos”². Viéndolo así podemos entender que, la soledad auténtica está llena de comunión. Ella amplía el radio de acción sobre la humanidad ya que “un hombre está verdaderamente comprometido con sus experiencias humanas cuando, diciendo ‘yo’, lo vive tan simple y profundamente que llega a sentir ese ‘yo’ fraternalmente solidario con el ‘yo’ de cualquier otro hombre”².

La forma como la vida del monasterio está estructurada, marcada por el silencio, propicia, por la experiencia del silencio y de la soledad, el contacto consigo mismo y, a partir de allí, el contacto con Dios que es a quien el monje atribuye todo el significado de la vida.

6. Respeto a la individualidad

Una característica de la vida benedictina que se percibe en el contacto con los monasterios y está también muy presente en la Regla de san Benito, es el cuidado con cada uno, como una persona concreta, que tiene sus características personales, sus fuerzas y limitaciones particulares.

San Benito recuerda al abad que su tarea es tener en cuenta las características personales de los miembros de la comunidad y relacionarse con ellos según esas características: “Sepa cuán difícil y ardua cosa emprende: gobernar almas y adaptarse a los temperamentos de muchos; y a uno precisamente con halagos, a otro con reprensiones, a otro con la persuasión, según la condición e inteligencia de cada cual, de tal manera que se adapte a todos” (RB cap. 2).

Es interesante cómo san Benito promueve un equilibrio entre la vida de comunidad y el caminar de cada monje. Participar de las actividades comunitarias como el Oficio divino (oración comunitaria), de la refección, etc., es considerado como de extrema importancia. Al mismo tiempo que el cuerpo de la comunidad debe ser mantenido -la comunidad no es un fin en sí misma- pero es la posibilidad, a través de una adhesión concreta a ella, de un proceso de conversión de cada monje. Dentro de esta visión, en toda la Regla de san Benito se nota una atención a las características personales de los miembros de la comunidad.

San Benito deja en claro que cada uno tiene necesidades diferentes y que esas diferencias deben ser consideradas, y que se trate a cada uno según sus necesidades (cf. RB cap. 34). Así, el que necesita de más alimento, que lo reciba; al que no es capaz de hacer su trabajo, que sea ayudado “para que nadie se entristezca” (cf. RB cap. 35).

Puede afirmarse que san Benito es un humanista, porque considera a la persona no como una abstracción, un ideal desencarnado, sino como algo concreto, individualizado, que tiene importancia en sí.

El equilibrio entre la vida comunitaria y el cuidado particular con cada uno puede verse también en los capítulos de la RB correspondientes al código penal (Caps. 23 ss.). Las faltas graves son castigadas con el apartamiento del culpable de las actividades comunes. “Que sea excluido de la mesa y también del oratorio el hermano reo de una culpa más grave. Ninguno de los hermanos se le junte para hacerle compañía ni entablar conversación” (RB cap. 25). Esto demuestra el valor atribuido a la comunidad. Pero, al mismo tiempo, en el can. 27 san Benito recuerda que el culpable debe recibir un cuidado especial: “Vele el abad con toda solicitud por los monjes culpables... cual sabio médico debe usar todos los medios, enviando 'simpectas', esto es, monjes ancianos y prudentes que como en secreto consuelen al hermano vacilante... para que no sucumba a la excesiva tristeza; sino que, como dice el Apóstol “dénsese mayores muestras de caridad...” (RB cap. 27).

Aunque una lectura de este Código penal pueda parecer, para el hombre de nuestro tiempo, un tanto rígida, pesada, queda bastante clara la intención pedagógica que está en el trasfondo. El castigo, para san Benito, debe tener un carácter “medicinal” y servir para ayudar al monje en su búsqueda de Dios.

Nos parece que este equilibrio entre la comunidad y el individuo es fundamental para que la vida monástica sea un camino serio, por cuanto tiene en cuenta las exigencias más personales y al mismo tiempo cuida de la adhesión a un contexto definido, camino en el cual el proceso de realización humana, de maduración, pueda darse.

IV - CONCLUSIÓN

La vida en comunidad, en que el hombre está llamado a vivir y reconocer la presencia del otro, superando sus límites individualistas, ofrece al monje, que tiene el deseo íntimo de la

búsqueda de Dios, la posibilidad de una realización plenamente humana.

En un contexto en que toda la vida se estructura en trabajo y oración, éstos se tornan instrumentos dentro de la búsqueda más íntima del monje, cooperando para que su fragmentación sea superada.

Esa búsqueda, estructurándose, cada vez más dentro de un proceso de integración de la personalidad (superando la fragmentación), será vivida en profundidad, en el silencio y en la oración.

Con eso comprobamos que la propuesta de vida hecha por san Benito hace 1500 años, continúa actual, aún para el hombre de hoy, pues encara al hombre en su esencia, lucha con el hombre en su aspecto más característicamente humano: la búsqueda de Libertad, la búsqueda del Amor.

En este sentido, la vida monástica benedictina ofrece las condiciones necesarias al hombre para el acontecimiento de su buscado proceso de maduración, de su proceso de realización.

San Pablo - Brasil

BIBLIOGRAFÍA

- ¹ Frankl, V. E. - *Psicoterapia e Sentido da Vida* - Ed. Quadrante, São Paulo, 1973
- ² Giussani, L. - *Tracce di Esperienza Cristiana* - Jaca Book, Milano, 1978.
- ³ Laing, R. D. - *O eu Dividido* - Coleção Psicanálise - Ed. Vozes Ltda., Petrópolis, 1973.
- ⁴ Laing, R. D. - *O eu e os Outros* - Coleção Psicanálise, Ed. Vozes Ltda., Petrópolis, 1976.
- ⁵ Marcuse, H. - *Eros e Civilização* - Zahar Ed., Río de Janeiro, 1968.
- ⁶ May, R. - *Eros e Repressão* - Coleção Psicanálise - Ed. Vozes Ltda., Petrópolis, 1973.
- ⁷ May, R. - *O Homem a Procura de si Mesmo* - Coleção Psicanálise - Ed. Vozes Ltda., Petrópolis, 1975.
- ⁸ Merton, T. - *A Vida Silenciosa* - Ed. Vozes Ltda., Petrópolis, 1960.
- ⁹ Merton, T. - *O Homen Novo* - Livraria Agir Editora, Río de Janeiro, 1966.
- ¹⁰ Nesmy, D. J. C. - *São Bento e a Vida Monástica* - Agir Editora, Río de Janeiro, 1962.
- ¹¹ Oury, G. M. - *Bento Homem de Fé* - Edições Lumen Christi, Río de Janeiro, 1979.
- ¹² Paulo VI, Papa - *São Bento, Patrono da Europa*, discurso proferido em Monte Cassino, in *L'Osservatore Romano*, 25-10-1964.
- ¹³ Roberts, A. - *Métodos Espirituais na Vida Beneditina de Ontem e Hoje*, in *Cuadernos Monásticos* 36 (1976) 7-29.
- ¹⁴ Sendom, V. - *La Ficticia Civilización del Ocio*, in *Psicodeia* 17 (1976) 47 ss.

¹⁵ Zamith, J. e Castanheira, M. - *A Paz no meu Caminho*, Ed. Paulinas, São Paulo, 1979.

¹⁶ *Regra de São Bento* - Tip. Benedictina Ltda., Salvador, 1958.